



## V

### *Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestro Amigo.*

*Vos amici mei estis.*

JOAN. XV, 14.

Vosotros sois mis amigos.

1. Todas las tendencias del corazón humano están sujetas á las leyes imperiosas del amor. El corazón del hombre se eleva necesariamente hacia el Ser que le formara, como la planta busca naturalmente la luz y el calor del sol; y en esta ley divina se descubre al Autor del humano corazón, el cual, siendo por esencia Espíritu purísimo, ha formado al hombre por el amor, le conserva por el amor y le aguarda para que le devuelva este mismo amor. Ved por qué razón el corazón humano se halla sujeto á las leyes imperiosas del amor, y con ellas tiene que vivir, y por ellas tiene que regirse, y á la perfección de las mismas debe aspirar siempre, á no ser que obcecado en el error, á no ser que hundido en el mal se reduzca á llevar la vida de los irracionales. Por eso el hombre ha de amar por precisión en todo tiempo; quien dejara de amar dejaría también de tener vida. No hemos de creer á esos desgraciados seres que afirman y hasta juran que no aman, porque yo les pongo en esta disyuntiva: si no aman lo que deben amar, ó se entretienen en objetos indignos de la racional criatura, que al cabo aman la espiritualidad envuelta en el fondo de la materia, ó esos hombres han perdido el juicio, se han desesperado.

2. Pero observad las condiciones morales del corazón humano, y veréis que su característica es la volubilidad. Una hoja desprendida del árbol y que, azotada por el viento, recorre distintos lugares, tomando diversas direcciones: he aquí simbolizado el corazón del hombre, que no halla reposo en parte ninguna. Le veréis, cual abeja solícita que chupa de todas las flores, volar de amistad en amistad, cebando su corazón, hoy en un objeto bello, mañana en otro caprichoso, no logrando jamás ver satisfechas sus aspiraciones amorosas, porque encuentra en todos los seres un vacío inmenso que no puede llenar su espíritu. En estas soledades misteriosas del alma, el hombre eleva su vista al cielo, entrega su corazón á Dios, ó clavándola en la tierra se desespera entre mil remordimientos que le atormentan. Con alta sabiduría dijo el Agustino, que el Eterno crió el humano corazón para sí, y que este corazón peregrino estará siempre inquieto mientras en su Autor no descanse.

Por cierto, el Altísimo fijó una ley en nuestra alma, y fué la del amor hacia su Majestad divina. Para que la cumpliera con toda perfección, Él mismo quiso ser su modelo mientras estuvo en el mundo; mas el hombre olvida muy presto los beneficios, y ved por qué el Salvador, con el fin de que aquél tuviese siempre presente la amistad que le profesara, determinó quedarse sacramentado, en cuyo bello Misterio le patentiza á todas horas su infinito amor. Á este asunto responde el presente discurso, en el cual estudiaremos: 1.º *Que Jesucristo Sacramentado es realmente nuestro amigo.* 2.º *De qué manera se concibe su amistad eucarística.*

#### §. I.

Nada más consolador, nada más dulce, nada más satisfactorio para un cristiano que ser amigo íntimo de su Redentor. Y sin embargo, lo que no pudiera ser, y que nos llenaría de asombro si lo fuera, existe realmente. Desde las eternidades, el Supremo Ser abrigó la peregrina idea de estrecharse cada vez más con la hechura de sus manos. Este pensamiento que ya desarrollé en el Primer Tratado, al ocu-

parme de la Eucaristía y las Ciencias, debo reproducirle en este lugar, siquiera bajo otra forma, y someramente, para hacer ver que el Altísimo, desde la creación del hombre, tendió á comunicarse, á trabar amistad con él, llevándolo á feliz cumplimiento al quedar entre nosotros sacramentado.

3. Antes que Adán rompiera las relaciones con Dios, este Ser por esencia se comunicaba tan familiarmente con aquél, que el paraíso de las terrestres delicias estaba constituido como inmenso hogar doméstico en el que Dios era el Jefe y el Padre de la primera familia humana. El pecado, empero, cual valla formidable, se interpuso entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre; y, á partir de este momento, el Eterno se negó á emitir sus divinos oráculos. Los hijos de Adán, á la verdad, sentían la ausencia del Dios ofendido, quien, á su vez, hallándose tan distante del ser racional, veía la necesidad de acortar las distancias para entablar nuevas relaciones.

Al efecto, durante la ley natural no escrita empieza el Eterno á comunicarse con los hombres mediante los patriarcas mosáicos; pero en estas comunicaciones se ostenta con toda la severidad de un Juez inflexible, en medio del fragor del trueno y del fulgor del relámpago y de la nube espesísima, no perdonando á quien prevaricase, ni una vez sola. El pueblo escogido, en consecuencia, temía mucho más que amaba al Señor, y había adelantado muy poco en las relaciones amorosas con Dios. Pero es dada la ley escrita, y estas deseadas relaciones se estrechan; el Eterno derrama inmensos beneficios sobre su pueblo elegido, obra en su favor reiterados prodigios, le ensalza sobre las demás gentes de la tierra; y éste, como dádivas quebrantan peñas, aunque de cerviz dura, abre sus ojos, se ve llamado por su divino Protector y se acerca un paso más hacia Él. No queda todavía contento el Altísimo, y ensaya un modo especial de estar más cerca de su racional criatura; manda al efecto sea construída el Arca de la Alianza, para que en este áureo depósito brille de un modo particular su omnipotencia y su gloria, y pueda desde este sagrado tabernáculo

responder á las súplicas de su amado pueblo, recibir sus profundas adoraciones, y defenderle con su augusta protección. Á partir de esta feliz época, son suscitados Moisés, Samuel y David que, amaestrados en la casa del Señor, y distinguiéndose en la virtud del amor divino, abren la escuela de esta virtud y comienza Dios á ser amado fervorosamente por los discípulos de aquéllos. El ensayo, empero, á que me he referido, debía terminarse en hechos reales, y entonces los profetas se encargan de pregonarlos; mas estas promesas debían cumplirse, y en efecto, al llegar los tiempos señalados, el Verbo del Padre da un gigantesco paso hacia la tierra, se asocia á la naturaleza humana, y se une á ella con esos sagrados vínculos hipostáticos que constituyen el hermoso Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. Salió á la luz como la flor brota de la planta sin perjudicarla, y conversó familiarmente con sus hermanos. Sus fervorosas ansias de estrecho vínculo se habían cumplido. Pero ¿estaba todo consumado? El Verbo del Padre, por la Encarnación, se había unido íntimamente á una sola humana naturaleza. Ésta, en general, había ascendido á las sobrenaturales comunicaciones con Dios; pero los individuos, considerados en particular, se unían tan sólo por medio de su gracia al Hijo de Dios, quien, en fuerza de su tendencia unitiva aspiraba sin duda al nexa individual; he ahí por qué faltaba todavía al Hijo del Padre inventar un nuevo Misterio para realizar en todos progresos aquel perfecto nudo. Un paso más y era el último que podía dar la Divinidad; agotando los recursos de la sabiduría, de la omnipotencia y de la santidad infinitas, Jesucristo se da á sí mismo en comida y bebida á los cristianos, entra y se une á ellos con estrechos, con íntimos, con sublimes lazos de amor, y el cristiano á su vez penetra en el santuario de la Divinidad y funde su espíritu con el de Jesucristo al participar del Hombre Dios y al aplicar á sí los sublimes efectos del Sacramento. Ya no puede el Altísimo estar unido más íntimamente al hombre, ni éste á su vez estar más estrechamente ligado con Dios. De este rasgo de infinito amor

surgió en el hombre el deseo de amar al Inmenso, y el Sacramento eucarístico, al estar en contacto con aquél, produjo la mágica chispa que encendió al pecho cristiano en llamas vívidas de caridad divina. En adelante podemos afirmar que la mutua correspondencia amorosa entre el Criador y la criatura racional ha quedado perpetuamente establecida.

Ahora comprenderéis el por qué de las bellas invenciones y de los repetidos milagros que obró el Altísimo en el decurso de los tiempos para unirse con perfección al hombre. ¿Sabéis qué fin se propuso? Podréis fácilmente adivinarlo. No fué otro que el de ser amigo íntimo del cristiano.

Detengámonos ahora, siquiera sea por un momento, en este bello pensamiento del Cristianismo, y notaremos que Jesucristo Sacramentado, no sólo es nuestro amigo, sino grande amigo y el más fino y constante de nuestros amigos.

La amistad de Jesús es, en efecto, enteramente nueva, que por eso radica en una doble fineza: 1.<sup>a</sup> La de tenerle Sacramentado en nuestros altares para regalarnos con su presencia, para escucharnos y satisfacer nuestros deseos; y 2.<sup>a</sup> la de poseerle en nuestro corazón cuando le recibimos sacramentalmente; entonces se consuma en nosotros la tierna amistad del Salvador.

1. Observemos, empero, cómo el mismo Salvador nos llama amigos: «En adelante no os llamaré más siervos sino amigos, porque el siervo no conoce lo que obra su Señor» (1). Por estas amorosas afirmaciones el hombre, ser vilísimo é inconstante, es levantado á la sublime categoría de amigo de Dios. Pretende el Salvador que el cristiano entre á formar parte de las confidencias divinas, y por este motivo daba gracias á su Eterno Padre cuando le decía: «Bendígote, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste los elevados misterios á los prudentes del siglo y los declaraste á los humildes» (2). Y efectivamente, lo que Dios ocultó al soberbio rey Acab, lo reveló al humilde profeta Elías; lo que no manifestó al ingrato Saúl, lo patentizó

(1) Joan. XV, 15.

(2) Math. XI, 25.

al fidelísimo Samuel; de la propia manera, lo que el Hijo del Altísimo negó á los Césares, á los Herodes, á los pontífices y á los doctores de la ley mosaica, lo concedió espléndidamente á los pobres, á los pescadores, á S. Pedro y compañeros en el apostolado y á todos los discípulos de la cruz, que unieron la humildad con la obediencia á Jesucristo. De entonces más, la cristiandad, formada por esos discípulos fervorosos, conocerá los caminos del Señor, se hará eco de la sabiduría divina, y la Iglesia de Cristo, apareciendo humilde, será sabia; los grandes genios lucirán en su escuela; y en su derredor se congregarán las gentes para escuchar sus atinados consejos; la impiedad misma tendrá que valerse de sus enseñanzas, aun para cometer desaciertos ruidosos. Todo el mundo la alabará y aplaudirá su ciencia, porque es la ciencia divina comunicada por el Hijo de Dios al constituirla amiga suya.

El cristiano puede estar santamente enorgullecido con la dignidad á que ha sido elevado por Jesucristo. ¿Qué monarca del siglo ha dicho jamás á sus vasallos: Vosotros sois mis amigos? Y si lo que hubiera declarado un príncipe á un vasallo suyo, sobre este respecto, hubiera sido suficiente para que el súbdito se creyera feliz, ¿qué dichosos no podremos considerarnos los cristianos al oír de boca del Salvador las palabras con que nos confiere semejante gracia? ¡Ah! el Santísimo Sacramento del Altar es el gran Diploma en el que se certifica nuestra amistad con Jesucristo; y este honroso Diploma lo poseemos nosotros en todas partes y lo podemos exhibir á nuestros amigos y enemigos, á quienes podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que Jesucristo, el Rey de cielo y tierra, es nuestro mayor amigo. ¡Oh palabra eternamente feliz que dilatas el corazón y le llenas de celestial ambrosía; que nos transformas de viles esclavos en señores del mundo por la confianza que tenemos con Jesucristo Sacramentado!

Y para ser amigos del mayor de los príncipes, no creáis que se necesitan muchos títulos, ni titánicos esfuerzos, no; para ser amigos del Salvador basta que guardemos sus pre-

ceptos. «Sois mis amigos, añade Jesús, si hicieris lo que os mando (1).» Él mismo, desde la Sagrada Eucaristía, nos amonesta y hasta nos intima que cumplamos nuestros deberes, que no son otra cosa que sus preceptos divinos, para ser de esa manera sus amigos.

Ahora nos resta examinar, si efectivamente Jesucristo se conduce en este Venerable Sacramento como fino amigo del hombre; y si su divina amistad es mejor y más duradera que la de los amigos del mundo.

## §. II.

«No es Dios como el hombre que miente, ni como el hijo del hombre que muda á cada instante,» dicen con palabras expresas las Sagradas Letras; y ciertamente, Jesucristo se ha constituido en el Santísimo Sacramento amigo nuestro, según Él lo prometiera, y su palabra infalible jamás puede faltar. Antes los cielos y la tierra pasarán que dejarán de cumplirse al pie de la letra todas las promesas divinas (2). De conformidad con esta sublime profecía, los sucesos todos predichos por el Altísimo han sido confirmados por el tiempo, precisamente en el momento prefijado, según contestes están las historias. En este concepto, Jesucristo declaró que es amigo íntimo de sus discípulos, amistad que ciertamente se exterioriza, se sensibiliza, por decirlo así, en la Sagrada Eucaristía; luego su promesa no puede faltar.

5. Mas, esta dulce amistad del Salvador es fiel, constante, y está llena de dulzuras y consuelos inefables. Que sea fiel, lo comprueba el que jamás haya despedido de su presencia á ningún alma, á no ser que ésta, por culpas graves y propias, se haya hecho indigna de la amistad del Salvador. Por el contrario, á todos los hombres convida para recrearles con su presencia sacramental y hacerles partícipes de su Cuerpo y Sangre. Llama á los fervorosos y les

(1) Joan. XV, 14.

(2) Marc. XIII, 31.

dice (1): «Amados míos: embriagaos con mi sangre divina». Se dirige á los justos y añade (2): «Hartaos de mis sagradas carnes». Invita á los tibios y negligentes y les habla de esta manera (3): «Dadme, hijos míos, vuestro corazón». Convoa, asimismo, á los pecadores y les consuela en estos términos (4): «Venid á mí, todos los que estáis abrumados con el peso de vuestros trabajos, que yo os aliviaré.» Por todos los hombres, hace Jesucristo oración á su Eterno Padre á fin de que todos seamos unos en el amor. «Á pesar, dice un celebrado autor, (5) de que Jesucristo se hallaba bajo la presión de dos ideas contrarias, la del odio que sus enemigos le tienen y la del amor que á todos profesa, instituyó empero este Santísimo Sacramento y se constituyó nuestro amigo. Veía nuestro amante Salvador la animadversión de los escribas y fariseos; conocía á los herejes que habían de blasfemar de su Misterio inefable; no ignoraba las profanaciones y sacrilegios; tampoco desconocía la inmensa multitud de perversos cristianos que con irreverencias ultrajarían su Cuerpo y Sangre, y no obstante instituye la Divina Eucaristía y se hace en Ella amigo de tantos desgraciados, sólo porque lo había prometido.» Será, por lo tanto, fiel la amistad de Jesús Sacramentado? Él ve, además, que aquellos á quienes regala con su Carne y Sangre, que los mismos á quienes consuela con inefables delicias le vuelven repetidas veces las espaldas; sin embargo, el Salvador se mantiene siempre amante, siempre dispuesto á recibir con ilimitada ternura semejantes ingratos. ¡Ah! es que su amistad no puede ser más fidelísima.

Como tampoco puede ser más constante de lo que es; y esta proposición no viene á ser otra cosa que como perfecto corolario de la anterior. Jesucristo Sacramentado, en efecto, es amigo nuestro, pero amigo perpetuo; se ha dignado estar con nosotros hasta el fin de los tiempos; por su parte

(1) Cant. V, 1.

(2) Id.

(3) Prov. XXIII, 26.

(4) Math. XI, 28.

(5) Yagüe. Cátedra Sagrada. tom. VI, pag. 20.